

AL FÚTBOL SE JUEGA COMO SE VIVE - CUENTOS

CÓDIGOS



ROBERTO ALVAREZ

CÓDIGOS

Roberto Alvarez

Juan Román Riquelme renunció a la selección argentina aduciendo que el D.T., un tal Diego Armando Maradona, no tenía los mismos códigos que él. No están escritos, pero los futbolistas, a diferencia de otras profesiones u oficios, se manejan por ciertos códigos inviolables que sólo ellos conocen. Hay unos que se han hecho públicos. Si vas ganando, no te mofas del rival. No se te ocurra tirar un caño, ni sobarte con una rabona. Menos si vas goleando. Eso tiene pena de muerte. Otro código no escrito es que todo queda en el camarín. Se conversa adentro y nada va a la prensa. No respetar ese código, dicen, le costó a Marcelo Díaz no volver más a la selección chilena. En Boca, al arquero Orión, se comenta,

le valió un par de puñetazos de Pablo Ledesma. La lista debe ser larga, pero como no está escrita, los mortales comunes y corrientes no sabemos mucho de esos códigos. Ellos dos no necesitaban hablar de códigos. Habían crecido juntos y tenían conciencia plena de lo que se permitía o no entre amigos y compañeros. Se puteaban duro en la cancha, pero todo quedaba ahí. La Chica los miraba y no podía creer lo que escuchaba. Para ella, sin saber de esos códigos, era imposible entender que se insultaran de esa manera y luego salieran abrazados festejando, si ganaban, o doloridos en la derrota. Pero juntos, siempre juntos. Eran el 8 y el 10. Así fue desde que eran unos mocosos, que necesitaban de la paciencia

y el cariño de sus entrenadores, quienes les amarraban los chuteadores, y luego tenían que soportar estoicos sus berrinches de jóvenes talentosos, pero algo inestables emocionalmente. El día que fueron a jugar su primer partido, se miraron desconfiados. No se conocían. El 8 la acarició con su zurda talentosa y se la pasó al pequeño 10 para iniciar el ataque. La devolución del desconocido fue precisa y el 8 comprendió que había un socio para su estrategia de eludir rivales pasando la pelota y picando al espacio. Desde ese primer partido, los pases entre ellos fueron siempre limpios y con ventaja. Se buscaban tanto, inconscientemente, que los compañeros se enojaban. "No se la pasan a nadie", decía el centro-delantero Peraca. Los punteros se quejaban que recibían solo las migajas. El 8 y el 10 no hacían caso. Se sabían los dueños de la pelota y sólo la entregaban por obligación, sólo si estaban seguros que terminara en una mejor ejecución que las interminables paredes que construían en los desiertos del litoral. Generalmente uno tocaba y corría a esperar la

devolución que lo dejaba solo frente al arquero. El 8 definía con toque suave o la picaba sobre el arquero con su zurda maradoniana. El 10, en cambio, definía fuerte y cruzado por abajo o con chanfle al segundo palo. Crecieron tocando y picando, casi de memoria. Con los años fueron variando el repertorio. Aprendieron a habilitar precisamente a los punteros, quienes volaban en el momento justo en que salía el pase. Inhabilitaron a los jueces de línea, se hicieron expertos en evitar el fuera de juego. Con el paso del tiempo, Peraca ya no se quejó más. El 8 y el 10 la tenían, la tocaban, la escondían y luego ponían el pase a los punteros. Éstos desbordaban veloces, centraban y el 9 definía. Se transformó en el goleador del equipo, unas veces apareciendo raudo al primer palo. Las otras veces, tranquilo, para solo empujarla en el segundo palo. Cada vez que eso pasaba, Peraca corría y le agradecía al que había centrado. Códigos. No se celebra sólo, se comparte con quien dio el pase. El mérito no es sólo del goleador. Durante más de una década no hubo cambios, el 8 y el

10 siguieron deleitando a la hinchada y llenando de trofeos la estantería del club. No era sólo matrimonio por convivencia. Se complementaban dentro de la cancha, pero más fuera de ella. El 8 fue el padrino de matrimonio del 10, cuando éste se casó con La Chica, su amor de juventud y la única polola que tuvo. Cuando supo del embarazo de La Chica, al 10 no se le pasó por la mente otro nombre que no fuera el del 8 como padrino de su futuro hijo. El 8 aceptó gustoso el rol de doble compadre y la así dupla se perpetuaba también fuera de la cancha. Más aun, el nacimiento del primogénito del 10 venía con una marraqueta. Ese año hicieron un campeonato brillante y casi no perdieron. Llegaban con una ligera ventaja a enfrentar a Manuel Rodríguez, de local, en la última fecha. Les bastaba solo un empate para dar la vuelta olímpica. Fue el inicio de una semana maldita para todos. Don Carlos los citó el viernes, como nunca lo hacía, y les contó lo que había planificado como estrategia para lograr el objetivo. Con sorpresa se enteraron que en el partido final jugarían con doble 6. El Traidor y Caturro irían

en la contención, dejando sólo al 10 en la salida. Terminó la charla y todas las miradas van dirigidas al 8. Inmutable, no hay nada que delate su desazón. El 10 se acerca y lo abraza. Ya sabe la decisión para el domingo, Don Carlos ni siquiera lo sospecha. Llego el domingo y el 10 prepara su bolso con el equipo. Repasa religiosamente: zapatos, vendas canilleras, camiseta, medias y pantalones. Carnet de identidad y la luca para pagar la camiseta. Le da un beso a La Chica y sale dispuesto a ser fiel a los códigos. Entra al camarín primero que todos y le dice al entrenador: "Hola Don Carlos, hablé con el 8. Si no está de titular, no vendrá". Intenta explicarle lo injusto y doloroso que es quedarse fuera en el partido final, pero no hay caso. Nada cambia el semblante frío y decidido del entrenador, quien fiel a sus códigos no da explicaciones. Muy bien, le dice el entrenador, gracias por avisarme. Don Carlos sólo comprende las consecuencias de su decisión cuando el 10 toma sus cosas y, sorpresivamente, se va. Si su amigo de toda la vida no está en final, él tampoco lo hará. Con su bolso al hombro, regresa a

su casa a morderse la rabia en brazos de su Chica amada. "Tenía códigos" es la frase de quienes recuerdan la decisión del 10. "No podía actuar de otra manera. Si el 8 no estaba en la final, yo tampoco podía estar". Es una de las pocas frases que se conoce de la fatídica carta encontrada al lado de la numero 10 azul. Imagino su vuelta a casa, con la frustración de estar fuera de la final. Soy capaz de sentir la tranquilidad y el orgullo de quien privilegia la amistad por un estúpido campeonato. He aprendido a vivir sin los pases y las paredes del 8 y el 10. Incluso hasta he llegado a entender que uno viva enamorado de la esposa de su mejor amigo. Lo que no podré sentir nunca, y créanme que lo he intentado, es el sufrimiento testigo de la traición consumada de las dos personas que más amas en este mundo. Ah!!, el doble 6 no le funcionó a Don Carlos, perdimos 4 a 1.

